

El discreto encanto del deber cumplido

Alejandro Anaya Durand

En memoria a mi compañero
y amigo Profesor Pablo Barroeta González.

Hubiera sentido muy justo un homenaje a Pablo al término de su misión como maestro. Se retiró entregado con amor y mística a sus alumnos. Manejó dos corceles, uno en Pemex, por más de 30 años, en donde su trayectoria brillante y talentosa alimentó su espíritu profesional. El otro corcel, por un tiempo incluso mayor aún, en la UNAM recibió la fuerza del empuje de Pablo en su carrera de la docencia, en donde terminó su reto en esta vida.

Recuerdo a Pablo en innumerables ocasiones cuando nos interceptábamos en los pasillos de la Facultad, al dirigirse últimamente más lastimosamente pero con el mismo entusiasmo hacia el salón en donde lo esperaban sus alumnos. Su arma, su talento y didáctica envidiable, su instrumento sólo un gis que esperaba la orden para transmitir los conceptos que él vertía con singular claridad, reconocida por sus alumnos.

Pablo fue un hombre talentoso desde siempre. Le recuerdo con admiración como compañero de salón, en nuestra generación que inauguró esta Facultad hace muchos años (*¿45?*). Su manejo de las matemáticas y su facilidad para solucionar cualquier problema en clase, lo destacaba indudablemente como de los mejores del grupo. Compartimos muchas vivencias como amigos, cuando luchábamos en resolver los exámenes de Ingeniería y los análisis de cualitativo y cuantitativo. De mi parte la tranquilidad me asistía. Tenía a Pablo para orientarme cuantas veces como lo pidiera. Durante su larga trayectoria en Pemex impulsó notablemente la aplicación, entonces incipiente, de la informática en el diseño de

plantas. Era un apasionado de las computadoras, y en sus clases los alumnos recibían entusiastas su experiencia. Profesor de Físicoquímica y Matemáticas, siempre fue un ejemplo claro para explicar con sencillez lo complicado. Sus alumnos veían en él al maestro preparado nunca dispuesto a lucirse, siempre vigilante de su objetivo principal:

Lograr el aprendizaje de sus alumnos

Un triste día en julio de este año, su corazón bondadoso dejó de latir. Pablo, sobre todo fue un hombre de bien, un maestro que amó la Universidad que lo formó y a los muchos alumnos que contribuyó a formar. Hubiera deseado un homenaje póstumo, o mejor aún, en su propia vida. Al hombre que dio mucho de su vida a nuestra Facultad, al maestro que silencioso cumplió con su misión suprema sin buscar el lucimiento personal.

Al maestro que, con la humildad de los grandes, cumplió con su misión de entregar lo mejor de sí. Al maestro que, como pocos, pero quizá suficientes apuntalan el prestigio en el cual descansa nuestra Facultad.

Sin embargo, reflexiono. El homenaje que hubiera deseado para él, cotidianamente se lo prodigaban sus alumnos a quienes se entregó con cariño haciéndolos mejores.

¡Bravo Pablo!

Por seres de tu raza sigue hablando el espíritu

*Con el recuerdo de Alejandro Anaya Durand.
Agosto de 2002*